



EN LA PUERTA DE LOS SUEÑOS

3 de septiembre

Villafranca del Bierzo – O Cebreiro (30.0 Km)

José Luis Vilanova Alonso

La mañana era fría. Recordaba a las agonías otoñales, con el invierno llamando a la puerta, más que a la edad madura del verano en la que nos encontrábamos. A las seis de la mañana, aún con la noche cerrada, ya me hallaba estrenando las calles de Villafranca, con el hálito humeante flotando en la gélida atmósfera berciana. La oscuridad me hace perder las flechas amarillas a pesar de extremar la atención; ya se sabe que de noche todos los gatos son pardos. Atravesé por fin el puente sobre el río Burbia a paso ligero, alejándome de su intimidad para tomar la vega del río Valcarce, justo desde su desembocadura en el Burbia. Ya en las últimas casas de Villafranca, se adivina una empinada pendiente que parte a la derecha, flanqueada por las flechas amarillas, para situarse en la ladera del valle camino de Pradela. Yo decido seguir la traza «razonable» uniéndome a la carretera nacional N-VI, siempre junto al río Valcarce. Desde la apertura de la A-6, el tráfico por la vieja N-VI marcha considerablemente reducido; además, un murete recién construido preservando un espacio suficiente del arcén izquierdo nos aísla a los peregrinos de la vorágine del tráfico rodado que circula de frente. Así, entre el río y la carretera, la marcha, sin ser una espectacular comunión con la Naturaleza y con el polvo del Camino, se hace razonablemente cómoda y medianamente agradable. Mientras las luces del día se levantan, y a pesar de haber entrado ya en calor al ritmo de la marcha, aún se siente el frío mañanero estremeciendo la piel a su contacto. Con la amanecida ya franca dejamos atrás Pereje, y siempre junto al río, comienzo a comprender el topónimo del lugar por el que he pasado muchas veces por carretera sin apercibirme de su naturaleza. El arbolado se espesa sobre el cauce hasta conformar un oscuro túnel de vegetación que llega incluso a ocultar completamente las aguas a la vista. Así circula el río Valcarce, por el «valle encarcelado». Aislado de la cálida luz solar. Ahogado permanentemente en la oscuridad.

La llegada a Trabadelo invita claramente a un alto en el camino. Llevamos doce kilómetros caminando, algo menos de tres horas de marcha. Junto a la carretera se disponen varios mesones y hostales muy aptos para un rápido desayuno. El sol ya se levanta sobre el valle disolviendo las últimas gotas del rocío mañanero.

Sigue la procesión por carretera. Aún restan poco más de cuatro kilómetros para abandonar el arcén de la N-VI. Primero La Portela, un pequeño núcleo urbano que queda a la izquierda de la carretera. Ochocientos metros más allá, la traza del Camino gira a la izquierda

para seguir la carretera comarcal de Vega de Valcarce. El tráfico disminuye considerablemente. Poco a poco el trino de los pájaros sustituye al rugido de los camiones, y el abrigo verde termina por disolver el gris del asfalto. Los primeros castaños ofrecen su sombra generosa para que el peregrino vuelva a sentirse en su mundo, arrullado por el sosiego y lejos de las estridencias. El aire es más limpio. La marcha más suelta, más natural. Enseguida cruzamos Ambasmestas (ambas aguas), cuyo nombre está en relación con la unión en este lugar de los ríos Valcarce y Balboa.

Dos kilómetros más allá alcanzamos Vega de Valcarce, el pueblo más grande del valle y que también ofrece los servicios más completos. Muchos peregrinos prefieren pasar la noche aquí, para afrontar al día siguiente, muy de mañana, las terribles cuestras que nos separan de Galicia. Un digno refugio, quietud, afecto, paisaje, paisanaje, acogida y armonía, hacen de este lugar un fin de etapa cercano al ideal. ¿Acaso se puede pedir más? Vega de Valcarce se levanta entre dos viejos castros: el de Veiga, que desde el siglo XI sirvió de refugio a los recaudadores del portazgo o impuesto de paso por estas tierras hasta que fue suprimido por Alfonso VI, y el Castillo de Sarracín, construido por un noble astorgano allá por el siglo IX. El entorno se va haciendo húmedo y cerrado. Aunque administrativamente aún estamos en León, el verdor, el acento de sus gentes, la mentalidad y la vida por estos pagos, son de clara y cerrada idiosincrasia gallega.

Desde la salida de Vega de Valcarce la carretera comarcal comienza a empinarse, al tiempo que los bosques de castaños visten de gala las laderas. En menos de media hora llegamos a Ruitelán, donde la tradición sitúa a San Froilán como eremita hasta que es nombrado obispo de León. Y poco más allá, con la carretera y el río enzarzados en un continuo jugueteo de encuentros y desencuentros, Las Herrerías, un pintoresco paisaje en el que funcionaron las fraguas hasta bien entrado el siglo XX. En el único bar del pueblo me hidrató bien, un litro de agua y una lata de bebida isotónica. Hasta ahora sólo hemos contactado con las primeras pendientes, suaves y armónicas. Comienza la hora de la verdad. El día es precioso abajo, pero un copete de nubes rodea las sienas del gigante. Es posible que encontremos niebla arriba.

El primer kilómetro desde Las Herrerías, aún se asciende por asfalto, hasta que un mojón jacobeo y las flechas amarillas se internan en una umbría *corredoira*, pasos tradicionales utilizados para desplazar el ganado

hacia los pastos. Envuelto en un túnel arbolado, el silencio es atronador. Las partículas de luz deslizadas entre los poros vegetales atenúan una indescriptible sensación de regresar al útero de la Naturaleza. El encuentro con uno mismo es ineludible, con la soledad, con las propias fuerzas. Casi sin querer se buscan alegrías con el vivir cotidiano. La interioridad no puede evitar el choque de contrastes desnudo entre el proyecto vital arraigado en el corazón y su pobre desarrollo en la realidad del día a día. En pocos momentos se palpa tan claro esa vibración de la utopía, que tira poderosa de nosotros. Mientras la cabeza gira alrededor de los sentimientos, las piernas gestionan las rampas más duras de toda la ascensión. Ocho revueltas de ciento ochenta grados con el máximo desnivel, recuerdan aquellas de Alpe d'Huez en la mítica etapa del Tour de Francia. Dice la tradición que quien sale vestido de amarillo de la estación alpina, llega líder a París. Yo sé que coronando *O Cebreiro*, Compostela ya no se puede escapar.

La Faba es un conjunto de caseríos dedicados a la ganadería. El camino se hace más terroso y menos pedregoso. La vegetación disminuye y desaparece el arbolado cerrado para salir a una zona de prados abiertos, de horizontes mucho más despejados en los que ya se vislumbra el cogote de *O Cebreiro*. La pendiente se suaviza, sin dejar de apuntar hacia arriba, pero se respira mejor; los jadeos se diluyen y las piernas asientan firmes en el terreno. No obstante, y por si se nos había olvidado, los últimos quinientos metros hasta Laguna de Castilla son simplemente infernales. Tal vez es que uno ya no esperaba encontrar pendientes de este calibre. Una palloza pequeña nos enseña dónde nos encontramos, y un peculiar refugio de peregrinos que sólo abre en los meses de verano, nos dibuja el ambiente de los *conxuros*, de las *bruxas* y de las *meigas*. La atmósfera celta pone un punto de misterio, de ciencias ocultas, de mítica y de superstición.



Un mercado en Villafranca del Bierzo.

Sólo quedan dos kilómetros y cuatrocientos metros. La *corredoira* se suaviza definitivamente, aunque aún restan tres cortos pero duros repechos, que nos recuerdan que *O Cebreiro* aún no ha sido vencido; y las piernas se sienten pesadas y poco precisas. No es sólo el ascenso. Hay que contar con los treinta kilómetros de etapa. El collado queda a nuestros pies suavizado por verdes colinas alfombradas. A menos de un kilómetro del alto, un gran mojón señala el límite provincial. Me detengo ante la línea divisoria para tomar conciencia de que abandono León, mi querido León, la tierra de mi familia materna, y también la de mi mujer. Un solo paso para pisar tierra gallega.

O Cebreiro da cita a la magia. Un poblado de piedra a 1.300 metros de altitud sobre un tálamo que parece navegar en el filo del cielo, con frecuencia surcando un mar de nubes revueltas a ambos lados, es suficiente argumento para la fascinación. Pero es que hay algo de prehistoria en el aire, y uno se siente rodeado de un misterioso ambiente que recuerda a Merlín y Camelot. Una neblina cambiante y caprichosa que varía continuamente la fisonomía de su rostro, incluso en los días veraniegos, viste la aldea de un halo misterioso con sabor a leyenda. Aún realzan el mito las pallozas, tal vez el tipo de vivienda más primitivo en estas tierras, al parecer en relación con los castros celtas, y que se construyen sobre un muro de mampostería con techado a base de un entramado de madera cubierta de retama seca o de paja. El interior estaba dividido en dos partes, una dedicada a vivienda y la otra dispuesta como cuadra para los animales. En medio de las dos, el hogar, que servía al tiempo de cocina y de fuente de calor. Al llegar es inevitable ralentizar la vida, acariciar la piedra con los pies, medir con pausa cada paso, aspirar el aire húmedo con olor a leña quemada, deslizar la mirada por el perfil de cada hogar. *O Cebreiro* nos hace saber que hemos alcanzado el penúltimo hito camino de Compostela. Uno se siente envejecido, sosegado, arraigado en esa madurez peregrina que profundiza la mirada, aquieta el espíritu y rescata la sabia esencia de los recuerdos. Ya es mucho lo vivido en el Camino, y se mira atrás con cierta nostalgia, con la percepción profética de que algo está transformando tu vida.

El albergue de peregrinos se encuentra a la salida del poblado. Se trata de un sólido caserón de piedra gestionado por la Xunta de Galicia, como la inmensa mayoría de los refugios gallegos. Mi primera impresión es que se trata de un albergue demasiado grande, sobre el centenar de plazas. La individualidad se dispersa, el roce humano es menos íntimo, y los detalles se pierden en la muchedumbre. Queda menos espacio para el silencio, y por lo tanto para la escucha. Añoro los albergues pequeños, donde desde el principio nos conocemos todos, donde preparamos la cena juntos, donde apagamos la luz del dormitorio a una voz común. Tras señalar la cama, una litera superior junto a un ventanal que navega a estribor de la inmensa nave de *O Cebreiro*, me fui a comer a un mesón junto al albergue. Caldo gallego y lacón, una comida cien por cien gallega. El caldo gallego me acompañaría invariablemente en la comida de cada día al paso por Galicia. Con el caldo gallego me pasa como con el gazpacho: en cada lugar son distintos; no hay dos iguales. Y siempre me gustan.

Siempre. Después de la ducha estiré mis piernas arrojadas en el saco de dormir. La tarde se estaba poniendo ventosa, y los jirones de niebla, muchas veces extraordinariamente espesos, se deslizaban a sorprendente velocidad, como esos matojos que ruedan arrastrados por el viento en los inhóspitos poblachos de las películas del oeste. No sentía necesidad de dormir, así que acompañé el descanso de la lectura. Mi compañero de la litera de abajo era un francés de edad madura, muy afable y de maneras humildes. No hablaba una sola palabra de castellano, tampoco de inglés. Ni siquiera fui capaz de la mínima comunicación necesaria para saber cómo nos llamábamos. Así que lo «bauticé» con el nombre de François. Sólo una vez, acordándome de la peregrina que abrazaba a Santiago Apóstol en Villafranca, le cogí por los hombros y le dije: *mon ami*, mi amigo. Él pareció conmovido, y repitió en voz baja: *amigó, mon ami*. Desde entonces era lo que nos decíamos cada vez que se cruzaban nuestras miradas. Y él reía, reía mucho.

Con el declinar de la tarde, pasear por *O Cebreiro* resulta fascinante. Hay algo de película medieval en cada rincón: el roce de la piedra vieja, el silbido del viento en cada esquina, la neblina humeante que corta el rostro del poblado, el fuego crepitante que quiebra el frío del hogar... Una cierta expresión artística destila del corazón de aquel lugar que, si fuera literaria narraría la leyenda del Rey Arturo, y si fuera musical sonaría como el *Carmina Burana* de Carl Orff. Llego al otro extremo del pueblo, ante la pequeña iglesia de corte prerrománico, al parecer del siglo IX, de planta rectangular y signos evidentes de restauración reciente. Cuando penetro en el sencillo templo mis ojos saben acostumbrarse a la penumbra, y el olor penetrante a cirio fundido me recuerda por un momento la sombra de la oración densa y paciente, sobre todo de aquella oración que sabe escuchar, que no tiene prisa, que no se atranca en la ansiedad de las respuestas. En el último banco, justo en el extremo que resguarda la intimidad de la oscuridad, dibujo una silueta conocida. Sí. Es él. El mismo que se encaró con un ciclista sobre la salida de Villafranca. El mismo que puso sobre la mesa aquella misma noche el riesgo abierto en canal, justo en la víspera de iniciarse la ascensión a *O Cebreiro*.

- ¿Has encontrado tu audacia perdida? – consigo susurrar con cierta intención provocadora –.
- ¡Ay, amigo! ¡Quién pudiera! No obstante, me permito seguir soñando...
- No corren buenos tiempos para los soñadores – repuse –.
- ¿Para los soñadores despiertos o los soñadores dormidos?
- ¿Qué diferencia hay? – respondí con otra pregunta, aunque intuía con claridad la respuesta –.
- Los que sueñan dormidos son melifluos, blanditos, sensibleros, fofos, vulnerables...
- En cambio – me adelanté – los soñadores despiertos son radicales...
- Peligrosos...
- Revolucionarios...
- Subversivos...
- Rebeldes...

- Porque son los que pueden hacer que sus sueños sean una realidad.
- Me temo – contesto con tristeza – que yo soy un soñador de los blanditos.
- No lo creo – me anima el asturiano –. Pero en fin, tú y tu vida diréis...
- De cualquier forma, toda persona que alargue la mirada hacia lo lejos, hacia los ideales, merece respeto. Aunque no sepa cómo activarlos. En el mundo de hoy, en el que priman el mercantilismo, los resultados, el triunfo fácil, el bienestar a toda costa o la autosatisfacción de los caprichos, cualquiera que aún sea capaz de soñar enciende una luz a la esperanza.
- No me vale cualquier sueño; no si no le pega fuego al mundo.
- No eres justo – le taladro con los ojos muy de frente –. Nadie tiene derecho a poner en tela de juicio los sueños de otro. Tú, tampoco...
- ¡Carajo! – responde sorprendido –. ¡Vaya miradita...!
- ¿Has visto una película que se llama *La carta final*? – acierto a preguntar sin reparar en su comentario –.
- No recuerdo...
- Seguramente no. Verás. Es una de esas películas apretadas de emoción contenida, de las que destilan humanidad por todas partes, de las que entienden de sentimientos, no de sensiblería barata. De las que pasan por las carteleras sin pena ni gloria, de puntillas, sin hacer ruido delante de esta sociedad encallecida.

Hago una pausa y percibo que él me escucha con atención. No hay duda de que le bulle la vida dentro, nos bulle la vida dentro. Estamos a gusto.

- Ella es Anne Bancroft, una escritora neoyorquina, empedernida lectora y apasionada coleccionista de clásicos peculiares, especialmente de ediciones antiguas. Él es Anthony Hopkins, un librero londinense, de carácter reservado y ademanes impecables, que regenta una ancestral librería en el 84 de Charing Cross Road, que ama con devoción las amarillentas hojas apergamizadas, las pastas repujadas de los viejos libros y el olor embriagante de las páginas manoseadas, acariciadas por el respeto.
- No pillo... – me interrumpe el asturiano –.
- Ella le escribe a él solicitándole algunos clásicos de la literatura inglesa difíciles de encontrar. A partir de entonces inician una relación por correspondencia en la que terminan por desplegar su vida, sus sueños, sus esperanzas, sus penurias y sus alegrías, arrastrando dos continentes y más de dos décadas. Ella vive con la utopía en su interior de un viaje imposible a Londres para conocer a su librero. Él ni siquiera se plantea Nueva York; es demasiado inglés. Pero vive con la secreta ilusión de encontrarla un día en su librería. Nunca podrán cruzar sus miradas... Ella llegará demasiado tarde, cuando él ya ha fallecido...
- El viejo sueño, perseguido durante toda una vida, y que parece no llegar. O tal vez sí, de otra forma...
- Cuando él comienza a tener la certeza de que nunca la verá, su mente y su corazón toman conciencia de una cita de John Donne. Jamás olvidaré esas palabras: *Si tuviera los mantos bordados del cielo, tejidos con el*

oro y la plata de la luz, los mantos azules y negros oscuros del cielo, de la noche de la luz y de la media luz, desplegaría esos mantos bajo tus pies. Pero, siendo pobre, no tengo más que mis sueños; he desplegado mis sueños bajo tus pies, así que, pisa suavemente, porque pisas mis sueños.

Quedamos sumidos en un silencio denso, en el que toman la palabra el ulular del viento silbando entre las rendijas de los muros, y el chisporroteo crepitante de los cirios que desnudan la penumbra. Siento un escalofrío cuando pienso en el riguroso invierno de *O Cebreiro*, y al mismo tiempo me resulta muy atractivo el reto de sobrevivirlo. Parece que el asturiano me lee los pensamientos.

- Estamos a principios del siglo XIV, con el invierno en toda su crudeza luciendo sus mejores galas – relata con voz gutural –. Un vecino de los alrededores decide subir hasta *O Cebreiro* para oír misa. El día desencadena todo su furor en una tempestad de nieve y viento. El tipo no es de los que se arredran; no en vano convive cotidianamente con la dureza de estas tierras. La niebla se echa encima y el ritmo de marcha se retarda inevitablemente, por lo que va a llegar arriba muy justo de luz y de fuerzas. En estas circunstancias aquí se pierden hasta los lugareños, pero él conoce cada brezo, cada *carvallo*, cada tojo... Sabe que alcanzará el alto, aunque sea husmeando cada palmo de terreno como un perro.

- Y llega, claro...

- Llega, llega... Con la barba escarchada. Con el alienato temblando. Con el frío en las entrañas. Pero llega... La iglesia, esta misma iglesia en la que nos encontramos, está cerrada, así que se acerca hasta el hogar del cura. Golpea el portón de madera de roble sin respuesta. La empuja con fuerza y se abre con estrépito, quedando su silueta bajo el marco de la puerta siniestramente recortada entre el fuego del hogar y el dibujo caprichoso de la ventisca. Su voz no se hace esperar. *Vengo a oír misa, padre* – solicita con firmeza –. *Pero, hijo mío* – responde el sacerdote – *sólo estás tú. ¿A qué vienes a importunarme en un día como este?* El paisano no se ha venido abajo por la nieve, como para ceder ante un ministrillo de Dios afuncionariado. *Cristo muere cada día en los altares del mundo, ¿y su servidor no sirve?*

- ¡Con dos cojones! – respondo con regocijo –.

- Con dos cojones, sí señor... El cura se revuelve incómodo, murmura algún que otro improperio y desprecia la actitud de su parroquiano, pero accede a abrir la iglesia a regañadientes. Mientras se viste para la Eucaristía, no tiene reparo en ridiculizar su esfuerzo. Hasta que, ¡oh milagro! En el acto de la consagración la hostia sagrada se convierte en carne, y el vino en sangre. Pero carne, carne y sangre, sangre. Nada de cambio de sustancia manteniéndose los accidentes, nada de elucubrantes transubstanciaciones teológicas.

- Una historia curiosa, un bonito cuento – comento decepcionado –. Pero parece más un sueño de los durmientes.

- Espera, espera... No te pases de listo *guaje*. Ahora viene lo bueno... Damos un salto en el tiempo y nos plantamos en 1488. El milagro de *O Cebreiro* se transmite de boca en boca, de peregrino en peregrino, de año en año y de siglo en siglo. Isabel la Católica decide peregrinar a Compostela, por supuesto en carruaje; o sea, como los políticos de ahora. A la vuelta, deslumbrada por el evento, decide llevarse a Castilla el cáliz del milagro, una hermosa joya románica del siglo XII. ¡Para eso es reina! ¡Manda huevos! Pero los caballos del cortejo, tras superar el peligroso descenso de *O Cebreiro*, se niegan a seguir más allá de Pereje. Después de baldíos esfuerzos, en veinticuatro horas no se mueven ni un centímetro. La gente se pone nerviosa. Aflora el temor de Dios. Algún clérigo de la corte lo interpreta como una señal divina. Hay que devolver el cáliz al lugar que le corresponde. Así se hace. Entonces los caballos parten dóciles y tranquilos en busca de la estepa castellana.

- ¿Existe el cáliz?

- Aquí mismo, junto a nosotros. Bajo llave, pero entre estos muros, cerca, muy cerca.

- No termino de encontrarle la gracia...

- Porque te has quedado sólo en la magia milagrera. Es lo que suele pasar con estas cosas. Deslumbran la ilusión y el juego de manos, cuando la sustancia está en el fondo. Y aquí el meollo de la cuestión está en que el sueño no es de los poderosos, sino de los pobres, de los humildes, de los sencillos. Como el manto de tu película...

- El plan de Dios es el gran sueño – susurré conmovido – *que ha sido ocultado a los sabios y a los poderosos y revelado a la gente sencilla*¹.

- Exacto. El sueño de que los ciegos vean, los sordos oigan, los pobres sean rehabilitados. El sueño de que los inmigrantes sean, por fin, acogidos como hermanos, y de que los limpios de corazón dejen de ser *puteados*; el sueño de los pacíficos y no de los señores de la guerra, el sueño de los humildes y no de los acaparadores de títulos, el sueño de los leprosos, de los solitarios y abandonados, de los que viven desgarrados por el dolor y la muerte, de los desheredados, de los que se dejan el pellejo por la verdad, de los que tienen los ojos hinchados de llorar y la voz ronca de clamar por la justicia, de los caídos en el abismo de la perdición, de los que han agotado su último billete para la fe y la esperanza. Por eso los poderosos no lo entienden. Pretenden llevarse el cáliz del oro y de las piedras preciosas, y no comprenden por qué se detienen sus caballos en Pereje. Son inválidos para la felicidad, para la felicidad de verdad. Ahí los tienes entre pompas y símbolos institucionales, ocupando los tronos del poder, escondiendo los bienes terrenales tras la máscara de las leyes de «la economía de mercado», pontificando y dogmatizando desde los púlpitos o los minaretes de iglesias y mezquitas, saturando sus capacidades de enriquecimiento hasta el hastío, justificando cuando no alentando las masacres de las guerras, destrozando el medio ambiente, haciendo del fútbol una religión y de la vida normal un supli-

¹ Lucas 10, 21 y Mateo 11, 25

cio agresivo y competitivo. Fariseos del mundo moderno. Profetas de la desventura.

- Para ese sueño, hay que estar muy despierto – concluí –.
- Para ese sueño, compañero, hay que caminar mucho, y pinchar muchas ampollas de los pies, y catar la falta de esperanza, y sajar el alma alguna que otra vez, y caer muerto de cansancio... Pero siempre mirando al horizonte. Es lo que más me gusta de la alegoría del Camino. Somos nómadas...
- Nómadas de la utopía...

Aún anduve vagando por las calles hasta que el atardecer terminó por disipar el *manto de la media luz*. Ahora estaba en soledad, sumido en mis reflexiones y disfrutando de mis sentimientos. A pesar del viento cortante y desapacible que juega al escondite entre las pallozas, me siento extrañamente bien. Me pregunto por el nombre del asturiano, y me reprocho no haberlo rescatado de las refriegas de nuestra intimidad. Había algo de melancolía en la serena calma de *O Cebreiro*, como agazapado en la noche para protegernos del frío, como entrecerrando sus ojos para arrullarnos en el manto de su historia. El mito invita a soñar, nos ha abierto la puerta de los sueños cuando ya sentimos los pies cansados y encallecidos, cuando se empieza a vislumbrar la agonía de la peregrinación, cuando guardamos en el corazón la perspectiva un tanto infantil de los lejanos días navarros. Mientras caminaba con la intuición de regresar al albergue, un pequeño mesón vestido de palloza me ofrecía pulpo *a feira* y vino de *Ribeiro* desde un rústico caballete de madera junto a la puerta. Pensé que una tapita era una buena forma de cerrar un día tan intenso. Nada más entrar mis ojos se toparon con la figura de Eric, aquel danés que conocí a la salida de Ponferrada. Al fondo, sobre una pequeña mesa cuadrada de madera, le alumbraba una jarra de cerveza casi vacía, con los restos de espuma resbalando por sus paredes. Eric se inclinaba sobre un *bloc* de dibujo con la mirada muy concentrada, su mano derecha repitiendo trazos, ahora nerviosos y violentos, después suaves y delicados, mientras con su mano izquierda se mesaba la barba libertina y desordenada.

- ¿No sabía que fueras artista? –pregunté con ánimo de conversar –.
- Ésta es mi cámara de fotos –respondió blandiendo el *bloc* –
- ¿Puedo verlo?
- *Of course...*

Lo que contemplé no sabría valorarlo intelectualmente, pero confieso que me llegó al corazón. El vikingo expresaba su Camino en lápiz y carbonilla con una viveza y una sensibilidad fuera de lo común. Siempre en blanco y negro, reconocí los caserones navarros, el Puente de la Reina en Gares, las siluetas del alto del Perdón, rostros cuarteados de paisanos en complicidad con su tierra, una maravillosa vid probablemente riojana, niños jugando en las calles de un pueblo castellano, una encina maravillosamente retorcida en la soledad de la estepa, una mujer con la vida

marcada en la expresión de sus ojos, la Cruz de Hierro humildemente orgullosa en el Monte Irago...

- Es maravilloso, *wonderful* –comenté anonadado –
- Sólo son... ¿cómo se dice...? *rough sketch, jotting, notes...*
- ¿Apuntes? ¿Bocetos?
- Eso...
- ¡Joder! Si esto son apuntes, ¡cómo serán los definitivos! Obras de arte...
- No, no...
- Me gustan mucho, Eric. Mucho...
- Coge uno. *Given you...*
- No, no, Eric. Gracias, pero no...
- *Is a present, regalo...*
- Ya, y te lo agradezco mucho, de veras. Pero esto es tu intimidad, *inside you*. Tienen que viajar contigo. Ha de ser así ¿Qué vas a hacer con ellos?
- *Well...* Algunos, los mejores, los pinto después con... *watercolour...*
- ¿*Watercolour*? ¿Acuarela?
- *Yes, or...* ¿*olio*?
- Óleo.
- *Yes, oil painting.*
- Deben ser muy hermosos... ¿Oye? ¿Has cenado? *Dinner.*
- No.

Me volví hacia una rolliza tabernera, de cabellos rubios trenzados.

- Por favor, nos traes una ración de pulpo y una botella de *Ribeiro*. No... Un *Albariño*.
- ¿Pulpo? – pregunta Eric curioso –. ¿Qué es?
- Ya lo verás. Yo invito.

Eric disfrutó del pulpo, mojó el pan gallego en el aceite pimentonado hasta dejar limpio el plato de madera y brindó un tanto achispado con el *viño* blanco. No obstante, y tal vez por ello, insistió en conocer su procedencia.

- ¿Qué es esto?
- Pulpo – contesté nuevamente lacónico –.
- ¿Qué es «pulpo»?
- *Octopus* – musité con cierto miedo al rechazo –.
- *Octopus*? - dejó en el aire una mueca indefinida -.
- Sí...

El danés se revolvió en su silla como buscando algo, hasta que localizó de nuevo a la muchacha que nos había atendido. Hizo señas para que se acercara. Por un momento pensé que podría generarse una situación tirante.

- *Please*, por favor. Otro... *octopus*... Pulpo.

Me miró sonriente guiñándome un ojo, y pareció sentirse en la necesidad de tranquilizarme.

- *I pay*. Esta la pago yo.

El viento de *O Cebreiro* seguía sibilando arremolinándose en las aristas y los recovecos de la aldea. Sin apenas darme cuenta, mis pasos desandaban la senda jacobea tras la negrura. Mis pensamientos se toparon con el indicador de separación entre León y Galicia. Escudriñé la oscuridad imaginando el perfil recortado de los Montes de León. Y el Monte Irago, que nos saluda orgulloso, nostálgico, cargado de pequeñas historias que hormiguean sobre su piel y que terminan enriqueciendo sus entrañas. Parece mentira que ven-

gamos de allá arrastrados por la utopía. Siempre me detenía unos instantes en los límites de cada tierra con personalidad propia. Pero esta vez necesito un silencio y una oración; esta vez dejo atrás algo mío. Por eso, cuando me despido de León, algo me oprime el pecho, y no puedo evitar que unas lágrimas arrastren el polvo pegado a mis mejillas.

ADIÓS, LEÓN...

Caminé sobre tu tierra como por el pasillo de casa. Lo supe desde que pisé el felpudo a las puertas de Sahagún. Y en casa nos quitamos la ropa de calle, nos limpiamos el maquillaje y nos calzamos las zapatillas; en casa se estiran los pies sobre el sofá y se expanden el cuerpo y el espíritu. En casa se está bien, muy bien. Sucede, además, que allí es donde descubrimos los secretos de la vida y de la muerte, donde diseñamos el talante con el que nos abrimos al mundo, donde lloramos lo que la vida no nos permite llorar, donde celebramos, donde compartimos, donde discutimos, donde amamos, donde aprendemos a nacer y a morir. Por eso me dolió la planicie deshabitada, donde el futuro lleva unos cuantos años en retroceso; por eso pisé descalzo las alfombras de la *Pulcra leonina* como si fueran las del salón de mi casa; por eso celebré la resurrección del páramo en la huerta de la vega del Órbigo; por eso hallé en Astorga, mi anhelada Astorga, mi cama y mi cocina; por eso disfruté tanto del jardín en la encrucijada astur-galaico-leonesa, mientras mis compañeros se sobrecogían entre el mito y la leyenda; por eso accedí a la vecina Galicia desde el porche trasero berciano. Tú me arropaste, León, en la amargura de la frustración. Tuviste la deferencia de llevarme a morir a casa, con los míos, en mi lecho. Me brindaste las inolvidables emociones agolpadas de la noche de Bercianos, en un lugar donde el paisaje yermo no parecía propicio a la fertilidad del alma. Sembraste de hospitalidad las aldeas de tus montañas, el tramo con mayor densidad de albergues y refugios de todo el Camino.

Guardaste el secreto de mis trastornos físicos en el silencio de tu complicidad. Yo sé de tu ternura tras ese gesto que a algunos les parece adusto. Sé de tu profunda vida interior, de tu dureza para soportar impávido los fríos inviernos. Yo he oído a tu tierra vieja quejarse de noche, cuando todos duermen, cuando nadie te escucha, mientras el aire gélido silba desgastando tus montañas. Yo sé del esfuerzo que supone para ti ofrecer esos días luminosos de los días veraniegos. Sé también de las rendijas ignotas de tu ser, en las que aún muchas almas humanas sólo aspiran a sobrevivir en unas condiciones de vida extremas. Y sé que guardas para ellos tus lágrimas más limpias, y tu mirada más cariñosa, y tu acogida más cálida. Pasé sobre ti agarrado a mis raíces, y encontré tus noches estrelladas cuando la angustia me mordía las entrañas, y habité cualquier pequeña cabaña de tu bosque cuando sólo la soledad acampaba en mi alma, y escuché tu latido como una luz salvadora en la tiniebla, cuando mi memoria se agitaba en el vacío. Me sentí hijo tuyo, León, aunque no sepa decirte la palabra justa. Por eso no puedo despedirme. Porque sé, ya siento, que me acompañarás hasta Compostela; porque volveré cada invierno a pisar tu nieve, y cada verano a honrar tu memoria, y cada día a compartir nuestras tristezas, también nuestras alegrías. Siempre te llevaré conmigo, León. Siempre... No puede ser de otra forma...